

Tras la huella de los paraísos artificiales

Mineros y campesinos de Copiapó, 1700-1850

Jorge Pinto Rodríguez
Universidad de la Frontera

INTRODUCCIÓN

En este artículo me propongo examinar el mundo de los campesinos y mineros de Copiapó en los siglos XVIII y XIX, a través de dos fenómenos que cruzan sus vidas cotidianas: los mecanismos de descompresión social que generó la sociedad regional, y la fantasía popular. Ambos tienen estrecha relación; se podría decir que forman parte de un mundo algo desconocido, en el cual resulta difícil separarlos.

Para abordarlos escogí tres aspectos concretos de la vida de estos hombres: el consumo de alcohol, las leyendas de los derroteros y ciertas manifestaciones de la religiosidad popular. Los dos primeros se pueden examinar con cierta comodidad; el tercero, con mucha imaginación. Lo incorporé a este trabajo sólo porque me atrae y porque creo se debe seguir estudiando. El lector sabrá dispensar la falta de documentación que se aprecia, sobre todo en lo relativo a los pactos con el diablo y las creencias de entierros.

Los tres aspectos escogidos están en la base de la fantasía popular y, con toda propiedad, se puede decir que funcionaron como mecanismos de descompresión social. Campesinos y mineros se refugiaban en ellos para recrear sus existencias y escapar de las asperezas de una vida que alcanzaba grados de sorprendente dureza. Los tres eran pilares de los paraísos artificiales. La idea la recogí de Alvaro Jara, quien, al referirse a las raíces estructurales de nuestro subdesarrollo, hizo referencia, en un artículo publicado en 1978, a los consumos desviados que inhabilitaron los salarios como mecanismos dinamizadores de la economía.¹ Aunque la idea le pertenece, también llegué a lo mismo por otro conducto.

Desde hace varios años vengo estudiando la economía del Norte Chico en el siglo XVIII. En el caso de Copiapó, no cabe ninguna duda de que la minería cumplía la doble función de articular la economía "hacia adentro" y "hacia afuera". Se trataba de una economía simple, que exportaba metales e importaba alimentos, ropas y unos

Este artículo ha sido elaborado en el marco del proyecto de investigación *Araucanía y Norte Chico, dos economías coloniales en el siglo XVIII*, financiado por la Dirección de Investigación y Desarrollo de la Universidad de la Frontera. El autor agradece el apoyo de esta Dirección a sus investigaciones sobre el siglo XVIII.

1. Alvaro Jara, "Estructuras coloniales y subdesarrollo en Hispanoamérica", *Journal de la Société des Americanistes* (Paris) 65 (1978), pp. 145-71.

pocos bienes de capital, empleados la mayoría en las faenas mineras.² El comercio exterior contemplaba también exportaciones de brea, vinos y aguardientes; sin embargo, el motor de la economía era la minería.³

La región se encuentra al borde del desierto, casi formando parte de él. De norte a sur cubre unos 450 kilómetros, y de este a oeste, el ancho de Chile. Dos ríos se asoman tímidamente, el Huasco y el Copiapó, regando dos valles que constituyen verdaderos oasis en medio de una aridez que sobrecoge al viajero. Más al norte, el río Salado apenas merece el nombre de tal. Producto de la imaginación del hombre o de una u otra avenida que suele producirse muy espaciadamente, sirvió más bien de sendero por donde los mineros transitaron hacia el interior de la tierra.

En el contexto de esta economía y de este ambiente natural, se constituyeron en la región cuatro espacios menores, todos conectados entre sí: las villas, las haciendas, las faenas mineras y las planicies costeras. Los cuatro se articulaban a través de la minería y, por esa vía, se conectaban al exterior. Se trata de la doble articulación que mencionaba hace un momento, muy propia de las economías coloniales.

Mientras estudiaba esas articulaciones, ciertamente imprescindibles para comprender la economía, reparé, sin embargo, en dos hechos que me aproximaron a la historia que ahora estoy recreando: el papel de los hombres en este juego económico y los grupos sociales que lograba cubrir con la historia que estaba haciendo. Tendré que detenerme en los dos.

La historia económica comete, a veces, el error de quedarse demasiado en los procesos, sin llegar a los hombres. Hay una especie de deshumanización de la historia, a pesar de que siempre es muy claro que son los hombres los protagonistas de ella y de la economía.

Nadie discutirá que el estudio de las articulaciones económicas de las sociedades coloniales constituye una materia clave para entender una serie de fenómenos relacionados con éstas. Se podría conceder que sin aclarar el carácter y la magnitud de esas articulaciones, el resto de la historia se tornaría incomprensible. En fin, que sólo por esa vía nos aproximamos a las bases materiales que sostienen la sociedad colonial. Todo aquello se puede admitir; sin embargo, siguen quedando cabos sueltos.

Hay un hecho simple que nos empuja por otros senderos. Las articulaciones que he venido mencionando pasan, necesariamente, por un grupo de hombres sencillos, trabajadores de nombres ignorados, cuya función consiste, precisamente, en articular los espacios por medio del transporte. Sin los arrieros no habría habido articulación posible, por mucho que hayan existido capitales, producción y demanda. Es cierto que la producción y demanda generan necesidad de arrieros y que éstos surgen a partir de esa demanda: eso no está en discusión; pero, una vez presentes, los arrieros pasan a constituir parte fundamental de la historia económica.

Lo mismo acontece con los peones de minas, los campesinos, los comerciantes, los empresarios y las mujeres, estas últimas en su modesto papel de consumidoras o formando parte del proceso productor propiamente tal. Vale decir, con los hombres,

2. Jorge Pinto, "Un mercado interior en Chile colonial: el corregimiento de Copiapó a fines del siglo XVIII", en Julio Broll y Jorge Pinto, *Copiapó en el siglo XVIII* (Instituto de Estudios Humanísticos, Universidad de Valparaíso, Valparaíso, 1988).

3. Véase Marcello Carmagnani, *Les mécanismes de la vie économique dans une société coloniale: le Chili (1680-1830)* (Paris, 1973); y, Jorge Pinto, *La población del Norte Chico en el siglo XVIII* (Universidad del Norte, Coquimbo, 1980).

cualquiera haya sido el rol que jugaron en la economía. Estos deben, pues, encarnarse en los procesos que se estudian, dándole un sentido humano a ciertos fenómenos que, reducidos a simples conexiones mostradas a través de series de producción, precios y comercio, parecen carecer de él. No faltaría a la verdad si dijera que la historia que me ocupa ahora partió de las reflexiones que hice acerca del papel que cupo en la economía regional a los arrieros del corregimiento de Copiapó.

Esto también tiene que ver con la dimensión de la historia económica que estaba haciendo o con los grupos sociales que lograba cubrir con mis estudios.

Aunque los arrieros, peones de minas y campesinos estaban en la base de las articulaciones económicas y, por consiguiente, incorporados al modelo o estructura que estudiaba, sus preocupaciones económicas pasaban por otros problemas. Tengo la impresión de que la historia económica orientada a recrear las estructuras económicas (y, aún, me atrevería a decir, los modos de producción), no es sino la forma de hacer, en el plano de la economía, la historia de los grupos dominantes. Es dar cuenta de la historia comprometida con los intereses de los grupos privilegiados. La historia económica de los sectores populares durante la Colonia, tiene que ver con otros problemas: cómo ganar, por ejemplo, 8 o 10 pesos y cómo vivir con ellos cuando un grupo familiar compuesto por cuatro personas necesita 10 o 12.

Vista la economía desde la perspectiva de los trabajadores, es indudable que adquiere otra dimensión. Una dimensión más cotidiana, que no se cubre estudiando simplemente las articulaciones económicas o las características del modelo, sino sobrepasándolo y quedándose en los problemas aparentemente marginales de la historia económica. Y de eso se trata en esta ocasión.

LAS CONDICIONES DE VIDA EN EL CORREGIMIENTO DE COPIAPO

Mineros y campesinos de Copiapó enfrentaban, con ligeras diferencias, ásperas condiciones de vida.

En las faenas mineras, el trabajo se iniciaba al despuntar el alba y terminaba con el día, cuando las fuerzas estaban exhaustas. Los barreteros penetraban a la mina por estrechos senderos, provistos de barretas, combos, cuñas y poruñas, para horadar el monte y acumular los materiales que luego sacarían los apires a los patios exteriores, cargando sobre sus espaldas pesados capachos de cuero. Generalmente trabajaban en pareja, formando una sociedad matizada por conflictos, muchas veces de violencia incontrolable. El peón de minas, ya fuera apir o barretero, parecía estar siempre al acecho: a la menor provocación salían a relucir las armas y la disposición de hacerse justicia por mano propia.

Las faenas estaban en pleno desierto. Eran especies de campamentos de población exclusivamente masculina, sometida a un régimen laboral agobiante y sostenida con una alimentación de alto contenido calórico, pero poco variada y muy desequilibrada.

Buena parte del peonaje minero se reclutaba entre arrivanos atraídos por los metales preciosos y los salarios ofrecidos por los empresarios. Durante el siglo XVIII, la inmigración masculina alcanzó en todo el corregimiento magnitudes cercanas a 40 por ciento.⁴

4. Jorge Pinto, *La población del corregimiento de Copiapó en el siglo XVIII*, en Broll y Pinto, obra citada, p. 43.

A los problemas derivados de las condiciones de trabajo, se sumaban, así, las dificultades de un grupo compuesto por individuos desarraigados y sin posibilidades de llevar una vida familiar conforme a los patrones propuestos por la propia sociedad de la cual formaban parte.

El peón de minas tuvo que moldear su carácter y crear sus propios estilos de vida. Benjamín Vicuña Mackenna los describió melancólicos, y Domeyko los tildó de sombríos. Cercados por la soledad y las tinieblas, sus almas se asimilaban al desierto y a las montañas. Vivían en silencio. Peleadores como el indio y pendencieros como el roto, su espíritu tumultuario era una constante amenaza para el resto de la población. El minero ebrio y contrariado, agregó Vicuña Mackenna, es un ser temible, vengativo y ciertamente peligroso cuando empuña la cuchilla maulina.⁵ Otro escritor decía que el minero parecía pertenecer a una raza más maldita que la del hombre.⁶

La vida de los mineros era asfixiante. Lejos de sus familias o sin posibilidades de constituir las, se exponían a un trabajo infernal, con una alimentación que apenas alcanzaba para reponer las energías. Domeyko no reparó en compararla con la de los deportados en Siberia.⁷

Para los campesinos las cosas no se daban mejor. Es cierto que el trabajo del campo resultaba menos exigente; sin embargo, el grado de explotación también alcanzaba allí ribetes dramáticos.

Los peones agrícolas se iniciaban en el oficio siendo niños, sin darle tiempo a la infancia para que completara su ciclo natural. De talla mediana y barba rala, eran de fuerte complexión muscular y muy sobrios en sus necesidades; pasaban días enteros expuestos a calores abrasadores, soportando con admirable paciencia el hambre, el sudor y todo el rigor de las estaciones. En ningún país del mundo, escribió Claudio Gay, el trabajo del campo era más penoso y peor pagado que en Chile.⁸

Los campesinos de Copiapó debían enfrentar, además, otros problemas. La fuerte presión que existía por la mano de obra los convertía en peones tan itinerantes como los peones de minas. Nunca un campesino estuvo seguro de su oficio y del lugar en que vivía. Nunca su familia se asentó sobre bases sólidas. La precariedad parece ser la nota dominante en la vida de estos campesinos. Precariedad en todo el sentido de la expresión, material y espiritual, encarnada en un trabajo abrumador, bajos salarios, alimentación deficitaria y la vida itinerante al margen de toda formalidad.

Por eso los peones del campo adquirieron también un carácter particular. Buenos, honrados, hospitalarios y, sobre todo, solidarios entre sí, no dejaban de ser desconfiados y, según Gay, algo hipócritas.⁹ La desconfianza e hipocresía propias del mundo de los pobres, tan contrastante con la hospitalidad y solidaridad que existía entre ellos.

La miseria, la sobreexplotación, la vida desarraigada y de lazos familiares siempre débiles, acosaba a los campesinos y mineros de Copiapó. Sus vidas se consumían con pamosa rapidez. A los 10 años se era adulto; a los 20, hombre maduro;

5. Benjamín Vicuña Mackenna, *El libro de la plata* (Santiago: Imprenta Cervantes, 1882), pp. 220-27; Ignacio Domeyko, *Mis viajes* (Santiago: Ediciones Universidad de Chile, 1978), tomo I, p. 395.

6. Jotabeche, *El provinciano en Santiago y otros artículos de costumbres* (Santiago: Editora Santiago, 1966), p. 18.

7. Domeyko, obra citada, pp. 431-33.

8. Claudio Gay, *Historia Física y Política de Chile. Agricultura* (Impreso en casa del autor, París, 1852-1855), tomo I, p. 52.

9. Gay, obra citada, p. 153.

a los 30, casi un anciano, y a los 35, un cadáver, cuando las peripecias de la vida no arrebataban antes la existencia. Y parecía no haber otro destino. Se nacía pobre y se moría en la misma condición. Todo se confabulaba para hacer de la existencia una vida sumida en el desencanto y desilusión. La frustración era nota común entre ellos y de esos estados de ánimo a la violencia, había un paso muy corto. Así se entiende que hayan sido descritos como sombríos y silenciosos, desconfiados e hipócritas y, sobre todo, peligrosos cuando empuñaban las armas.

Funcionaban, sin embargo, válvulas de escape, mecanismos de evasión o de descompresión social que hacían bajar la tensión. Campesinos y mineros de Copiapó, en ciertos tramos de sus vidas, encontraban tablas de salvación que les permitían construir mundos mejores. Mundos precarios, como sus propias existencias, paraísos artificiales levantados sobre la base de la miseria que los rodeaba. Sin embargo, sin ellos la vida habría sido mucho más dura aún, aunque en ciertos casos, como veremos más adelante, contribuyeran a empuñecer y acortar sus pasos por este mundo.

EL CONSUMO DE ALCOHOL. LA VIDA EN LA PLACILLA

El consumo del alcohol en los distritos mineros del Norte Chico cruza dos planos de la historia regional: el de los empresarios y el de los peones.

En el plano de los empresarios, constituía uno de los negocios más rentable en el siglo XVIII. En los asientos mineros, el vino y el aguardiente se vendían a un precio tres veces superior al que tenían en los centros productores y dos veces mayor al de las villas.¹⁰ Ese margen de utilidad explica la tendencia de los agricultores a reemplazar el cultivo del trigo por la vid y la profusa difusión de bodegones donde se expendía licore.¹¹ Además de la utilidad, los empresarios tenían la posibilidad de retener a los peones y recuperar los salarios que pagaban. Con tal de tenerlos sujetos en las faenas, preferían los bajos rendimientos del peón alcoholizado, que el riesgo de perderlos por no tener vino que ofrecerles. Entre dos males, optaban por el que les parecía menor.¹² El alto índice de alcoholismo era, pues, fomentado por los propios empresarios, ya sea por la utilidad del negocio, por retener a los peones en sus lugares de trabajo o por recuperar los salarios.

10. Juan José de Santa Cruz. Noticias pertenecientes al Reino de Chile, 1790, Museo Británico, Sección Manuscritos, Add. 17596; y, Proyecto para formar una compañía exportadora de aguardientes de Coquimbo a Charcas, en carta de A. Higgins al ministro Gardoquín, Santiago, 13 de octubre de 1794, Archivo General de Indias de Sevilla, Audiencia de Chile (en adelante AGI, ACH), legajo 214.
11. Denuncias sobre este asunto en Testimonio del expediente formado sobre el buen entable, arrego y gobierno de los peones y sirvientes de minas, de Antonio Martínez de Mata (1789), Archivo del Museo Arqueológico de La Serena, Documentos del Cabildo de La Serena, 1776-1822. En este documento se hace referencia a los expendios de alcohol en las bocaninas de faenas corrientes, contraviniendo las normas establecidas por las autoridades. Véase, también, Informe de Miguel José de Lastarria sobre los peones de las minas de azoque de Punitaqui, 1789, AGI, ACH, leg. 389. Hay copia en Archivo Nacional de Santiago (en adelante ANS), Gay-Morla, vol. 50 y edición impresa en Jorge Pinto, *Las minas de azoque de Punitaqui* (Universidad del Norte, Coquimbo, 1981), pp. 141-74; y, Autos sobre la prohibición de venta de liciores en los minerales de este partido de Cuzcuz, 1809, ANS, Capitanía General, vol. 929, fojas 18 y siguientes. Sobre el esfuerzo del gobierno español por impedir el excesivo consumo de alcohol en Hispanoamérica, véase el artículo de Antonio Piga, "La lucha antialcohólica de los españoles en la época colonial", *Revista de Indias* Madrid, nº 10 (1942), pp. 711-42. Para la región de Copiapó, y el Norte Chico en general, el trabajo de Marcello Camagnani, *El salariado minero en Chile Colonial* (Universidad de Chile, Santiago, 1963), sigue siendo obra de consulta obligada en esta materia.
12. Pinto, *Las minas de azoque de Punitaqui*, pp. 133-34.

El otro plano tiene que ver con los peones y se refiere al sentido social, casi ritual, que adquirió el consumo del alcohol. Este revistió un carácter convivial, ordenador de la vida social y estimulador de las diversiones y fantasía populares. En cierta medida, fue un consumo similar al de la yerba mate. Tal vez, de la comparación surja la explicación de que esta última estuviera incluida entre los vicios de los trabajadores.

La vida del minero transcurría entre la faena y la placilla. Era éste el poblado vecino que recibía a la peonada animosa y bullanguera los domingos y festivos, para devolverla al mineral ebria y sin un real, después de uno o más días de diversión.

En apariencia, la placilla pertenecía sólo a los peones; en la práctica, formaba parte del mundo de la minería, sin excluir a ninguno de sus protagonistas. Allí la capacidad de cada cual se medía por la destreza para conducirse en el consumo de alcohol, en el manejo de las armas y en las relaciones con las prostitutas que llegaban atraídas por el circulante y los minerales robados a través de la cangalla. En medio de verdaderas orgías, se desataban todas las pasiones contenidas en la faena.

A pesar de los efectos desgastadores que la placilla provocaba a los peones, allí se evadían los problemas y se abrían válvulas de escape que evitaban que los conflictos producidos en los minerales fueran todavía más agudos.

El minero nunca se emborrachaba solo. Se practicaba un consumo social, organizado en función de lazos de amistad contraídos en el mineral o en una fase pasada de la vida. Esos lazos se consolidaban en la placilla sobre la base del estatus que cada uno iba alcanzando. La generosidad, el consumo desbordante del vino y aguardiente, la valentía para defender el honor y el éxito entre las prostitutas, elevaban a los sujetos a categorías que no siempre alcanzaban en la faena. Los ordenadores de la vida eran ahí diferentes, muy propios de un espacio donde la comunidad construía un mundo aparte, una especie de paraíso artificial, de apariencia infernal, regido por reglas establecidas por sus propios pobladores.

En el corregimiento de Copiapó, las placillas tuvieron rasgos particulares. El carácter casi desértico de la zona, el alto valor del oro y de la plata que producían sus minerales y el elevado número de forasteros, les daba una connotación diferente a las de Coquimbo y Quillota. Hubo, además, faenas de alta concentración laboral, sobre todo en el siglo XIX, primero en Agua Amarga, en Chañarillo después, y en Tres Puntas al comenzar la segunda mitad del siglo. De alguna manera, se podría decir que en Copiapó hacía falta más fantasía y que el ambiente se prestaba para que así ocurriera.

Por testimonios documentales y por referencias de viajeros, conocemos una serie de detalles relativos a las placillas de Chañarillo (Juan Godoy) y Tres Puntas. No viene al caso repetir aquí lo ya relatado por Domeyko, Jotabeche, Treutler, Vicuña Mackenna, Pérez Rosales y Sayago, quienes fueron testigos de una historia que forma parte, más bien, del folclor chileno. Sólo quisiera insistir en un punto: la placilla era el lugar donde el minero intentaba construir una existencia aparte de la faena. El alto consumo de alcohol era el punto de partida de un mundo de fantasía, de relaciones precarias, de amistades que se trizaban por los habituales brotes de violencia, de amores pasajeros, de virtudes y bondades que se esfumaban cuando el minero recobraba la sobriedad. Un mundo artificial, una especie de paraíso artificial, en el cual el peón se sentía a sus anchas y en el cual las reglas del empresario no se percibían. Un mundo que trocaba la actitud sombría y melancólica del peón, por otra más brillante y locuaz. Un cambio que se producía por pocas horas para tomar el aliento necesario

que permitía seguir en un trabajo tan duro y abrumador.

Por extraño que parezca, en la placilla se encontraban, sin embargo, los proyectos de empresarios y peones. Para los primeros, el alcohol era un negocio a través del cual aumentaban sus ingresos, recuperaban los salarios y ofrecían al peón la posibilidad de recrear su existencia, para obligarlo luego a volver a la faena. Para los segundos, era el lugar donde se sentían libres y a sus anchas, dueños del mundo, entregados a un placer que jamás encontrarían en el mineral. En el fondo, la placilla era de empresarios y peones. Por eso resistía las críticas que caían sobre ella. Por eso estaba a medio camino entre la faena o hábitat del minero y la villa o refugio de los empresarios. En ellas los patronos, tal vez sin que los peones se dieran cuenta, hacían suyos el séptimo día y las fiestas de guardar.

El mundo del peón estaba impregnado por los intereses patronales. Era, en el amplio sentido de la palabra, un mundo artificial; construido de fantasías y matizado de elementos que sostenían una realidad que no era propia. En apariencia, la placilla pertenecía a los peones; en la práctica, tenían que compartirla con los dueños de las faenas. Eran las reglas de una sociedad en la cual los grupos dominantes no regalaban espacio alguno.

Si algún día los empresarios la combatieron, fue porque la consideraron superada y porque estaban pensando en otros mecanismos de acumulación. Entonces, los paraísos artificiales que allí se edificaban eran un obstáculo y había que destruirlos. Tal cosa fue lo que sucedió con Juan Godoy en la historia relatada por María Angélica Illanes en un artículo que da cuenta del acoso que sufrió la placilla al promediar el siglo pasado.¹³

Una última cuestión sobre este punto. Cuando se propuso destruir Juan Godoy, allá por el 1850, los argumentos probaron de nuevo el encuentro en la placilla del mundo del peón y del mundo empresarial, esta vez en el ámbito de los valores que los grupos dominantes atribuían a los componentes de la sociedad. El primero se resumió en los vicios de la peonada, que aconsejaban la destrucción de la placilla; el segundo, en el empuje de honrados comerciantes, que requerían de un lugar donde expendir sus mercancías y seguir prestando tan inapreciable apoyo a la minería y al desarrollo regional.¹⁴ Un articulista de *El Copiapino* sostuvo que el peón, mientras fuera peón, sería ladrón y que frente a eso muy poco se podía hacer. Sin embargo, la solución no estaba en destruir la placilla, sino en traer barreteros ingleses, como lo habían hecho los dueños del mineral de San Antonio, en Potrero Grande.¹⁵ La discusión volvió a probar que las contradicciones de la sociedad quedaban atrapadas en la placilla.

LAS LEYENDAS DE LOS DERROTOS

El vino hacía volar la imaginación. Cuando sus efectos se evaporaban en los brazos de una mujer, los mineros se volvían locuaces. Si las embriagueces tenían lugar en la

13. María Angélica Illanes, "Disciplinamiento de la mano de obra minera en una formación social en transición. Chile, 1840-1850", *Nueva Historia* (Londres) 11 (1984), pp. 195-224. Sobre la placilla Juan Godoy, véase también Roberto Hernández, *Juan Godoy o el descubrimiento de Chañarcillo*, 2 tomos (Valparaíso: Imprenta Victoria, 1932); y Oriel Alvarez, *Atacama de Plata* (Santiago: Oro Impresor, sin fecha de edición [1980]), pp. 55-62.

14. Véase *El Copiapino* de Copiapó, nos. 45, 46, 48 y 53, todos del año 1846.

15. No 52, 2 de mayo de 1846

choza de un campesino, adonde llegaban los peones a refugiarse después de hacer fuga de las faenas o simplemente a participar en los bailes de fandango, la imaginación llegaba a herir los sentidos. En medio de tanta pobreza y tan escasas ilusiones, el relato de riquezas amañadas por los cerros se volvía casi ofensivo. Sin embargo, todos creían en ellas. Eran las famosas leyendas de los derroteros, otra forma de construir paraísos artificiales y tomar fuerzas para seguir horadando el monte o cultivando la tierra.

Samayo resumió, en el siglo pasado, los rasgos comunes de estos relatos.¹⁶

La mayoría atribuía su origen a descubrimientos hechos por indígenas, muy reservados para dar a conocer sus hallazgos. Por esa razón, al pueblo de San Fernando, vecino a Copiapó y principal reducto de esos pobladores, se le tenía como semillero de leyendas y a un indio viejo como oráculo de inapreciable valor.

Los descubrimientos se asociaban en seguida a circunstancias puramente casuales o a ciertas señales sobrenaturales: un arriero que se detenía en un punto a arreglar la carga o leñadores que paraban a descansar, divisaban de pronto un zorro, un guanaco o un buitre que parecía indicar algo extraño. Era el punto de partida de un descubrimiento que por algún tiempo se mantendría oculto, hasta que circunstancias aun más curiosas lo hicieran público.

Las leyendas agregaban un tercer ingrediente: la muerte de los descubridores sin haber disfrutado la riqueza. Eso les otorgaba un carácter trágico, muy propio del minero. El descubridor fallecía en medio de la más completa miseria, luego de una efímera bonanza que no conseguía prolongar.

Todas apelaban, también, a la existencia de documentos que probaban su veracidad. Circulaban papeles apócrifos que daban cuenta de los hechos, tal cual fueran enteramente ciertos. De tales papeles, sin embargo, en ningún archivo quedan copias.

Por último, mientras más angustiada fuera la situación del minero, más parecía aferrarse a esas ilusiones. Treutler, el alemán que vivió en Copiapó por los años cincuenta del siglo pasado, fue víctima del derrotero de los Candelabros. Tomó por cierta la historia según la cual una india había llevado plata a los franciscanos, producto de una mina descubierta por su marido, después de asesinado éste por un amigo que se enteró del secreto. El criminal había confesado la noticia a un cateador y éste se había encargado de difundirla por toda la región. Treutler señaló haber escuchado la historia de otro buscador de fortunas y haber visto en la Iglesia de San Francisco los candelabros fabricados con la plata de esa mina. Corría el año 1858. Luego de exitosos negocios, el alemán había caído en una odiosa miseria que excitaba la imaginación y afiebraba la mente. Durante varios días vagó por cerros y quebradas, sin dar con el tesoro.¹⁷ Nunca lo encontró, pero en la memoria de la gente se conservaban las historias de Agua Amarga, Cachiyuyo, Chañarillo y Tres Puntas, todos descubiertos en circunstancias parecidas. ¿Cómo no creer, entonces?

Copiapó era zona propicia para esas historias. El oro y la plata embrujaban al minero. La miseria y la ambición hacían el resto. Más al sur, en Coquimbo y Quillota, regiones también mineras, la agricultura y el cobre enfriaban la imaginación. La aspereza de una vida solitaria alentaba con mayor fuerza en Copiapó esta especie de escapismo, encerrado en creencias que tenían un lejano fondo de verdad. Los catea-

16. Carlos María Sayago, *Historia de Copiapó* (Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre, 1973), pp. 482-90.

17. Paul Treutler, *Andanzas de un alemán en Chile, 1851-1863* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1958), pp. 238-43

dores, incansables buscadores de fortunas, eran personajes de fantasía y realidad.¹⁸

Domeyko conoció a uno en el ocaso de su vida. Una noche de luna, cruzando los cerros de Potrero Grande, valle arriba, escuchó sus relatos. Historias de un minero que creía alcanzar el filón y que lo perdía inexplicablemente; historias de montañas que resistían al hombre, pero que luego se dejaban amansar; relatos de un minero que confundía la realidad con los sueños.¹⁹ Típica vida del buscador de fortunas, supersticioso, devoto de la Virgen, creyente de mil leyendas, violento a veces —cuando se trataba de defender un punto de vista o el honor— y tierno hasta la ingenuidad en los brazos de una mujer.

Los mineros echaban a volar su imaginación en dos ambientes diferentes: en los lugares de diversión y en las propias faenas.

Ya está dicho que en la placilla y en los sitios de distracción, estas leyendas animaban las veladas. Acicateados por el alcohol, los peones referían sus historias, convencidos de que eran enteramente ciertas. Los campesinos escuchaban sin perder detalles, llegando con la imaginación tan lejos como el propio relator. Las mujeres estaban siempre de por medio: ellas eran las confidentes que, en brazos de otro amante, esparcían una verdad que quemaba como el oro y la plata de que daban cuenta. Después del vino y del amor, pactado con ramerías empujadas al oficio por la misma miseria, las leyendas de los derroteros animaban el mundo de los campesinos y mineros de Copiapó.

En las faenas el ambiente era diferente. Hay un grabado en el libro de Phillipi sobre su viaje al norte en 1853, que permite imaginar un aspecto desconocido de la vida de estos hombres. De espaldas al dibujante, un grupo de mineros da cuenta de la ración en un alto de la jornada. Son cateadores. Sus miradas se pierden en el desierto. Un perro y el fogón completan la escena. El tiempo parece detenerse. ¿De qué hablan? ¿En qué piensan?

Finalizada la jornada, los mineros solían agruparse en torno al fuego. Las últimas raciones de alimento se acompañaban con el mate, cuyo consumo tenía un evidente carácter convivial.²⁰ Era el vicio de la peonada. En apariencia, no reponía energías; y, en la práctica, se trataba de un consumo que los peones hacían en sus propios espacios. Aunque la yerba también era consumida en otras capas sociales, sólo en el mundo del trabajo adquiría la connotación de vicio. El vicio no estaba en el consumo, sino en el grupo que la consumía, una forma más de exteriorizar la discriminación social.

El consumo de la yerba en torno al fogón volcaba a los mineros a su mundo interior. Volaba de nuevo la imaginación y se perdía entre los senderos trazados por las leyendas de los derroteros, transportando a los hombres de la pobreza a la riqueza, sin hacerlos perder su identidad. La estructura del relato muestra una cualidad muy propia de estas leyendas.

18. No deja de ser interesante la comparación que hacía Carlos Keller entre los campesinos del Valle Central y los pobladores del Norte Chico, sobre este asunto. Si en el Valle Central, decía Keller, se echaba a correr la noticia de un descubrimiento minero, algunos lo negarían, mientras otros buscarían los fines políticos o los afanes especulativos que habría detrás de la noticia. En el Norte Chico, en cambio, todos se precipitarían al descubrimiento. Véase "Cateadores, huasos y chilotes", en Hernán Godoy, *El carácter chileno* (Santiago: Editorial Universitaria, 1977), pp. 307-10.

19. Domeyko, obra citada, tomo I, pp. 449-51

20. Juan Carlos Garavaglia, *Mercado interno y economía colonial* (México: Enlace-Grijalbo, 1983).

Todas parten de la pobreza como el estado original del hombre. Ningún descubridor de tesoros se pone al margen del mundo del peón. Forma parte de él, es una especie de héroe anónimo capaz de arrancarle al monte su riqueza y aproximarse a ella por una circunstancia sobrenatural. No cabe otra alternativa; el trabajo no podía proporcionarla, sólo un elemento sobrenatural tenía la virtud de cambiar un orden muy difícil de alterar.

Roto el esquema, el pobre se encontraba en una encrucijada. ¿Qué hacer? ¿Con quién compartir el tesoro? Se cruzan aquí dos realidades muy propias del peón: la riqueza no es su estado natural y su vida se desenvuelve en circunstancias muy frágiles. La primera explica su dificultad para manejarse con el descubrimiento; la segunda, su incapacidad para confiar en alguien.

El desenlace es fatal: un efímero disfrute, la traición y de nuevo la miseria. La afirmación de la identidad, la pobreza como estado natural y la riqueza como un bien que sólo pueden manejar y aprovechar los individuos de otras categorías. No podía ser de otro modo: el fatalismo del peón resumido en un cuadro que tenía, de todas maneras, la virtud de agitar la imaginación. Una forma de evadir la realidad, de quebrarla, de superar la miseria, pero sin perder la identidad, sin olvidar que tarde o temprano, el pobre es pobre y el rico dueño de la riqueza.²¹

Los campesinos participaban de este juego con el mismo entusiasmo de los mineros. Igual que ellos, creían en las leyendas y soñaban con la riqueza. Tales ensoñaciones invadían sus vidas, lanzándolos a las faenas mineras o al oficio de cateador. Estos últimos terminaban siendo una curiosa mezcla de barretero, apir, leñatero, arriero y labrador; otra clave para entender por qué eran sujetos de fantasía y realidad.

LA RELIGIOSIDAD POPULAR

Tres aspectos de la religiosidad popular funcionaron como mecanismos de evasión que contribuyeron a suavizar las asperezas de la vida cotidiana: la devoción mariana, los pactos con el diablo y los cuentos de entierros. Los tres formaban parte, además, de la fantasía popular.

La devoción mariana es un elemento característico de la religiosidad popular en el Norte Chico. Lo es en todo el país; sin embargo, en los distritos mineros adquiere una connotación localista expresada en cultos que tienen su origen en tradiciones propias del lugar. En el corregimiento de Copiapó existían cuatro fiestas de este tipo: la del Rosario, en Huasco Bajo; la de Santa Rosa, en Freirina; la del Tránsito, en Huasco Alto;²² y la de la Candelaria en Copiapó, esta última la más conocida de las cuatro.

De acuerdo a la tradición, la imagen que se adora en Copiapó fue encontrada por un cateador que andaba detrás de un derrotero en las cercanías de la villa. Sin embargo, circula otra versión mucho más difundida, relatada por Carlos Camus Espinoza, según la cual

21. Jotabeche, al relatar la leyenda de la mina de los Candeleros, señaló que los derroteros jamás enriquecerían al pobre, porque el que nació para tal, nunca llegaría a ser rico. Es una idea fuertemente enraizada en la conciencia popular y en los conocedores de ella. Véase "La mina de los Candeleros", en *Obras de don José Joaquín Vallejos* (Santiago: Imprenta Barcelona, Biblioteca de Escritores Chilenos, 1911), p. 69.
22. Joaquín Morales, *Historia del Huasco* (Universidad de Chile, Santiago), 1981, p. 212.

... en el verano de 1780, Mariano Caro Inca, vecino del pueblo de San Fernando, regresaba de la cordillera, cuando una tormenta lo obligó a refugiarse en unos agrios peñascales a orillas del salar de Maricunga, por parecerle seguro abrigo contra las potencias desencadenadas. Caro y sus arrieros penetraron en una gruta hallada al azar. En medio de las luces albicelestes de la tempestad y atemorizados por el rugido del viento, empezaron a rezar.... De pronto, Caro lanzó una exclamación de sorpresa. Creyó ver el rostro pálido de una diminuta mujer, señal indicadora por la tradición, como augurio de un portentoso tesoro oculto entre los riscos. Merced a la claridad del día siguiente, observaron el granito y con no poca extrañeza comprobaron su nocturno descubrimiento: Era una hermosa señora con un niño en los brazos grabada en una piedra plana de unos veinte centímetros de alto. Lejos de auscultar las roquerías que rodeaban a la dama, Caro comprendió, al igual que sus amigos, el aviso del cielo y luego de reunir su recua prosiguieron el camino a la querencia, rezando oración tras oración, coreados por el eco majestuoso de la cordillera.

Por fin, el dos de febrero de aquel año —día consagrado a la Candelaria— llegó Caro a la hijuela que tenía en San Fernando y mientras él arregló un altar para venerar a la Imagen con el nombre de "Nuestra Señora de la Candelaria", los arrieros divulgaron a los cuatro vientos el bendito encuentro. Años tras años, Caro Inca celebró novenas en honor de su Virgen...²³

La fama de la Virgen trascendió los lugares alejados y se extendió por todo el valle y minerales vecinos. La fiesta que se hacía en su honor tenía para los peones un doble significado: en primer lugar, era ocasión de esparcimiento y de verdadera alegría popular; en segundo lugar, era tiempo de arreglar cuentas con la bondadosa protectora que los libraba de sus angustias. Por eso, mineros y campesinos la recibían con sus mejores galas, haya sido cuando la fiesta tenía carácter itinerante o cuando acudían a visitarla al pueblo de San Fernando.

La Virgen tenía y sigue teniendo una dimensión popular. Es la Virgen de los pobres. Un minero pobre, con espíritu de cateador, arriero y campesino, la encontró y fueron los pobres los primeros en adorarla. Mineros y campesinos la sienten suya, por ella luchan, por ella se afanan y en ella creen. En recompensa, la Candelaria nunca los abandona, vela por ellos y los protege. La poesía popular rescata esta tradición:

Buenos días tengai, Madre
Hija del eterno Padre
ya llegamos, tus devotos,
en tu día, a saludarte.
Virgen Candelaria,
la Madre de Dios,
de tu hermoso trono,
Madre, míranos.

De la oscura vida
eres bienhechora
de nuestros pecados
eres salvadora.

23. Carlos Camus Espinoza, *La Virgen de la Candelaria* (Santiago: Imprenta el Imparcial, 1949), pp. 15-17.

Bendice, Madre
a los afligidos,
llegan los morenos
a tus pies rendidos

De la inmensidad del cielo
eres la fragante rosa,
eres la Virgen minera,
aurora, la más hermosa.

Atiende pues, nuestros ruegos,
y nuestros tristes clamores,
y perdona los delitos
de tus hijos pecadores.²⁴

El encuentro de mineros y campesinos con la Virgen transporta las angustias a un segundo plano. Hay una superación de las preocupaciones materiales. La existencia agobiante adquiere una dimensión desconocida. Los peones, que viven en un constante quejido, como amarga reconvención dirigida al cielo,²⁵ encuentran de pronto una bondadosa aliada que los protege y acompaña; es la compañera de los momentos angustiosos y del tiempo de los pesares. Cada año, a la vuelta de doce meses, en la primera semana de febrero, se pagan mandas, se piden favores y se hacen promesas. Se dignifica y humaniza la vida, se adquiere conciencia de que hay un motivo más trascendente por el cual vivir y que una bondadosa protectora cuida el destino de los hombres. Los cantos de despedida de los promeseros encierran esta simple filosofía de la vida.

Adiós, Virgen Candelaria,
ya nos vamos a retirar,
será hasta la vuelta de año,
la vendremos a saludar.

Paso a paso, Madre nuestra,
ya nos vamos retirando,
adiós, adiós, promeseros,
adiós, pueblo de San Fernando

Adiós, Consuelo de los pobres,
adiós, reina celestial,
refugio de los devotos,
hermosura sin igual.

Te pedimos Madre mía,
dueña del altar divino,

24. Juan Uribe Echevarría, *Fiesta de la Virgen de la Candelaria de Copiapó* (Santiago: Ediciones Universidad de Valparaíso, 1978), p. 46.
25. Jotabeche, *El provinciano en Santiago*, p. 19

que no olvides a tu baile
y le alumbres el camino.

Perla peregrina,
Candelaria, hermosa,
eres milagrosa,
todopoderosa.

Toquen flautas y tambores
ya nos vamos a retirar,
batan todos sus banderas
hasta el otro año será.²⁶

La creencia en los pactos con el diablo es otro elemento de la religiosidad popular que tiene que ver con la fantasía popular y los paraísos artificiales construidos por campesinos y mineros. Tiene, sin embargo, un carácter diferente a la devoción mariana. Combinación de creencias oficiales, adaptadas a la fantasía popular con cierta dosis de picardía, el diablo del pueblo se ha ido alejando del esquema trasmitido por la Iglesia Católica.

El rol de éste en la historia de Chile ha sido abordado por Maximiliano Salinas en un sugerente artículo publicado en la revista *Araucaria*.²⁷ Sin embargo, lo que me interesa aquí son dos asuntos más precisos: la capacidad del diablo para dar riqueza y la capacidad del pueblo para burlar al diablo.

Una primera cuestión que salta a la vista cuando se trata este tema, es el desencuentro que se produce entre el discurso de los grupos dominantes y la actitud de los sectores populares frente al trabajo.

Los grupos hegemónicos se han empeñado en hacer creer al pueblo que el único medio para obtener riqueza es el trabajo. El culto al trabajo es un elemento que cruza la ideología de los sectores dominantes, desde los años de la conquista hasta el presente. Por definición, ellos son ricos gracias al trabajo; por antonomasia, los pobres son pobres por ociosos y mal entretenidos.

Para situar el problema de la zona de Copiapó: durante los siglos que cubren este estudio se atribuyó a la conducta de los peones una alta cuota de responsabilidad en el atraso de la región. Antonio Martínez de Mata, al visitar sus minerales en 1789, habló del desarreglo de los operarios de minas, de sus robos, de su inclinación a la

26. Juan Uribe, obra citada, pp. 67-68. Sobre el carácter popular que tuvo la devoción mariana en el Norte Chico, es interesante una invocación a la Virgen de Andacollo reproducida por Ramón Laval en *Oraciones, ensalmos y conjuros del pueblo chileno comparados con los que se dicen en España* (Santiago: Imprenta Cervantes, 1910), p. 43:

Virgen Santa de Andacollo,
mi señora muy querida
no permitais, maire mía,
que me metan en el bollo.

Laval supone que el "bollo" es la cárcel. Sobre lo mismo se puede ver también el artículo de Maximiliano Salinas, "Cristianismo popular en Chile, 1880-1920", *Nueva Historia* (Londres), nº 12 (1984), pp. 275-302. Salinas hace una interesante referencia a la fiesta de la Candelaria de Copiapó en tiempos en que ésta era organizada por un trabajador del lugar llamado "No Pacífico".

27. "Demonología y colonialismo", *Araucaria de Chile* (Madrid), nº 45 (1989), pp. 117-34.

embriaguez, del abandono que hacían de las faenas y de los perjuicios que esta conducta provocaba a los empresarios.²⁸

Los trabajadores tenían una perspectiva diferente. Toda su vida estaba entregada al trabajo, desde la infancia hasta la muerte y desde los albores del día hasta que éste se perdía después de la puesta del sol. Si alguien ponía el hombro en la faena, ya sea en el campo o en las minas, eran ellos. Sin embargo, no había forma de acumular. La pobreza era el estado en que se nacía, se vivía y se moría. De esta suerte de fatalismo, aprendido en la realidad misma, resultaba el carácter sombrío, silencioso y desconfiado de estos hombres. Del trabajo tenían, por supuesto, otra visión; la imagen que les llegaba desde su condición de explotados; desde la perspectiva que les daba, según decía un hombre del XVIII, "el espíritu de partido" que tenían contra los dueños de las faenas. Miguel José de Lastarria lo expresaba en los siguientes términos:

Aunque generalmente no son flojos para el trabajo, se dejan llevar de la ociosidad por tener la complacencia de decir engañé al dueño de la faena. El me buscó y yo me escondí. Estaba muy empeñado en que saliésemos todos al trabajo y yo no concurrí.²⁹

En la mentalidad popular resultaba muy difícil asociar la idea de trabajo a riqueza. Más bien, la asociación se producía en sentido contrario: el trabajo pasa a ser la condición de la pobreza. ¿Cómo salir entonces de ese mundo? ¿En qué apoyar las ilusiones de una vida mejor?

La asociación del diablo a la riqueza aparece ya en la conciencia popular chilena en el siglo XVII. Alonso Ovalle y Diego de Rosales dan cuenta del ofrecimiento que éste habría hecho a dos hombres a cambio de sus almas.³⁰ Más adelante, la minería aurífera y argentífera tuvo una alta connotación diabólica y los campesinos no dejaban de sospechar de todo aquel que acumulara más de la cuenta.³¹ Copiapó también tuvo su Punta del Diablo, el Infiernillo, el Cerro del Diablo, su Agua del Demonio y el Boquerón el Diablo, lugares todos consagrados al "dicho caballero", no sólo porque parecían, por la aridez y soledad, parajes propios de sus dominios,³² sino porque el diablo está presente en la conciencia popular más allá de lo que el propio cristianismo oficial hubiese deseado. La leyenda del Alicanto, pájaro fabuloso que vive entre los cerros, alimentándose de oro y plata y llevando a los mineros a precipicios que les causan la muerte, tan célebre en la región, es, asimismo, una forma de disfrazar la creencia de que el diablo posee recursos que puede entregar a los mortales. Lo mismo sucede con las leyendas del Pájaro Azul, la Cabra Negra y la Martina, de amplia difusión en la zona.³³

La idea de que el diablo proporciona riqueza resuelve, en el mundo de campesinos y mineros, dos problemas a la vez. Les proporciona una explicación comprensible acerca del origen de ésta y, en segundo lugar, estimula la creencia de que la riqueza es posible en una realidad en la cual parece inalcanzable. En el segundo caso, el diablo juega un rol liberador (libera de la pobreza) y adquiere un carácter popular.

28. Testimonio del expediente formado sobre el buen entable . . . Antonio Martínez de Mata (1789).

29. Informe de Miguel José de Lastarria sobre los peones de las minas de azogue de Punitaqui, 1789.

30. Citado por Salinas, *Demonología y colonialismo*, p. 122.

31. Benjamín Vicuña Mackenna, *La Edad del Oro en Chile* (Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre, 1968; y Armando Roa, *Demonio y Psiquiatría* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1974).

32. Jotabeche, "Vallenar y Copiapó", en *Obra de don José Joaquín Vallejos*, p. 96.

33. Oreste Plath, *Geografía del mito y la leyenda chilenos* (Santiago: Editorial Nascimento, 1983), pp. 37-42.

Las referencias al maligno dejan de tener el significado demoníaco atribuido por el cristianismo, dando paso a expresiones caricaturescas.

El diablo de los pactos es una curiosa mezcla del demonio oficial, espantoso y terrorífico, y del diablo popular, menguado y derrotado por el pobre que tiene necesidad de dinero.³⁴ Quien haya vivido en Copiapó o en cualquier paraje del Norte Chico, podrá constatar que estas creencias todavía se mantienen, aunque tal vez ya no con la convicción de antaño.

La certeza de que el diablo puede sacar al individuo de la pobreza va acompañada de la creencia de que se le puede derrotar. De otro modo, el cuadro no estaría completo. Surge así la idea popular de un diablo vencido, de un "pobre diablo"; pobre porque es derrotado y pobre porque es vencido por el pobre.

Existían muchas fórmulas para llamar al demonio. Siendo niño, escuché en la zona la más difundida: en la soledad de la montaña, encerrado en un círculo y acompañado de gatos negros, a las doce de la noche se invocaba a Satanás.³⁵ Para derrotarlo, la más eficaz era el velatorio acompañado de un cura y las famosas palabras redobladas.

Amigo, dígame la uno,
sí, amigo, se la diré:
Una no es ninguna y
siempre la Virgen pura.

Amigo, dígame las dos,
sí, amigo, se las diré:
Las dos son las tablas de Moisés
con que pasó con sus apóstoles por Jerusalem.
Una no es ninguna y
siempre la Virgen pura.

Amigo, dígame las tres,
sí, amigo, se las diré,
Las tres son las Tres Marías,
Las dos son las tablas de Moisés
con que pasó con sus apóstoles por Jerusalem,
La una no es ninguna y
siempre la Virgen Pura.³⁶

De acuerdo a la versión registrada por Armando Roa, el diálogo continúa en la misma forma, contestando el afectado directamente la pregunta y repitiendo en orden inverso las anteriores. El resto de las respuestas son: cuatro, los cuatro Evangelistas; cinco, las cinco llagas; seis, las seis candelas; siete, los siete sacramentos; ocho, los ocho cielos; nueve, los nueve meses que estuvo Cristo en el vientre de María; diez, los diez

34. Julio Vicuña Cifuentes, *Mitos y supersticiones recogidas de la tradición oral* (Santiago: Imprenta Universitaria, 1911), pp. 33-37.

35. Es la misma versión relatada por Julio Vicuña Cifuentes en *Mitos y supersticiones recogidas de la tradición oral chilena* (Santiago: Imprenta Universitaria, 1915), pp. 196-199, escuchada profusamente en la zona.

36. Armando Roa, obra citada, p. 11.

Mandamientos; once, las once mil vírgenes; y doce, los doce Apóstoles. Al llegar a este punto, el diablo, que es quien pregunta, dice: "Amigo, dígame las trece". "Sí amigo, se las diré", contesta el concertado, "el que pregunta doce y pasa a trece revienta al diablo cien veces". Se oye un estampido y el diablo desaparece envuelto en un penetrante olor a azufre.³⁷

Los cuentos de entierros completan el cuadro de la fantasía popular que he querido tocar en este artículo.

Ramón Laval señalaba, a comienzos de siglo, que una de las peculiaridades de nuestro pueblo, tal vez la que mejor determina su carácter y modo de ser, es la profunda religiosidad que lo domina y la fe ciega con que espera la intervención de lo sobrenatural en todos los actos de su vida.³⁸ No podía ser de otra manera: la vida del pueblo es tan precaria, que todo queda entregado a designios superiores.

La creencia en los entierros está, pues, muy enraizada entre los campesinos y mineros, y en una zona de Copiapó, donde el oro y la plata han sido los artífices de su historia, es muy lógico que estas leyendas alcanzaran amplia difusión.

Todas partían de la base de que algún sujeto afortunado o enriquecido en mala forma, escondía su riqueza con el objeto de protegerlo de la avidia ajena. El tesoro requería de un guardián, brujo o culebrón, que bajo ciertas circunstancias daba señales de su existencia.³⁹ Constatado el hecho, se podía llegar al entierro empleando ciertas fórmulas que ponían en manos del afortunado una riqueza que le permitía dejar atrás el mundo de pobreza del cual provenía.

Se trataba de otra válvula de escape que funcionó en el ámbito urbano y rural del Chile colonial y que en Copiapó se encarnó en una serie de relatos que hacían suponer que en las iglesias de los franciscanos, mercedarios y jesuitas, y en los solares de hombres de fortuna, se guardaban riquezas posibles de localizar. Lamentablemente, no es mucho más lo que puedo decir de un asunto que en la zona no se ha estudiado con atención.

La vida en Copiapó en los siglos XVIII y XIX necesitó mecanismos de descompresión social que suavizaran la vida de sus habitantes y avivaran la fantasía popular. El consumo de alcohol, la leyenda de los derroteros y ciertas manifestaciones de la religiosidad popular ofrecen una clave para internarse por estos temas de la historia regional. Un sugerente artículo de Alvaro Jara y mis propios estudios sobre la zona fueron el punto de partida de unas notas que no tienen otro propósito que llamar la atención sobre ciertos aspectos de la historia cotidiana del Norte Chico que creo vale la pena seguir estudiando.

37. Distintas versiones de las "palabras redobladas" en Ramón Laval, obra citada, pp. 98-107; y en Julio Vicuña Cifuentes, obra citada (1915), pp. 133-56.

38. Ramón Laval, obra citada, p. 5.

39. Julio Vicuña Cifuentes, obra citada (1915), pp. 206-11.

